

Por el derecho que tiene la mano de una policía desvelada, y por la autoridad sagrada de la ley nos respondieron.

— Al oír este nombre venerable, nos quitamos el sombrero, guardando un silencio respetuoso. — Señores, continuó el comandante, estoy encargado de arrestar y conducirá la Abadía á los que no tengan algun carácter público: servíos de írmelos nombrandó.

Me presenté al instante, y Malesherbes, Chamilly y Clery hicieron otro tanto. Petion, Vergniaud y Manuel quisieron en vano interponer su autoridad, ó á lo ménos su influjo. Uno y otro quedaron desconocidos y menospreciados; con lo que nos despedimos de nuestros compañeros, que nos juraron hacer revocar en breve aquella disposicion tan arbitraria. Nôs condujeron en un coche á la Abadía, y por segunda vez en pocos dias me vi encerrado en una lóbrega prision.

~~~~~

## NOCHE QUINTA.

—o—

AUNQUE este nuevo arresto, de que estaba yo muy ageno, privaba á la familia real del único hombre desinteresado con quien podía contar, é interrumpía al mismo tiempo mi comunicacion con los sugetos que estaban trabajando en favor suyo, no tardé sin embargo en entablar nuevamente correspondencia con ellos, como verá Vd. despues. Mas para no confundir los tiempos y los acontecimientos, ántes de hablar del que fué la causa de mi libertad, me parece del caso referir á Vd. la venida del mensagero y su conferencia con el monarca.

Presentado á S. M. por Manuel, dió cuenta de su mensaje, cuya relacion he extractado de la que el mismo remi-

mitió por escrito á Luis XVI, y este monarca me confió posteriormente. Dice así.

## NEGOCIACION

### CON EL REY DE PRUSIA.

(*Documentos justificativos, núm. 9.*)

« SEÑOR :

En cumplimiento de las órdenes con que me honró V. M., y conforme á las instrucciones que me dieron sus confidentes, apresuré mi marcha, y pude avistarme con el general Dumouriez en ménos de diez y seis horas.

Habiendo conseguido hablarle á solas, no le oculté que era portador de un pliego de V. M. para el rey de Prusia, añadiendo, que su resultado de-

bía tener un influjo decisivo en el ejército, en Francia y en toda Europa.

Después de haberme hecho el general algunas preguntas relativas á la situación de V. M. y de su familia, me franqueó un salvoconducto, y además una escolta de dos oficiales. Parecióme que su semblante daba muestras de inquietud y de una meditación profunda.

A pesar de los gloriosos triunfos y rápidos progresos del ejército del duque de Brunswick, S. M. prusiana estaba aun en la aldea de Glorieux, cerca de Verdun, en donde había establecido su cuartel general.

Admitido desde luego como parlamentario de Dumouriez, fuí recibido con una familiaridad extraordinaria; de donde inferí, que los prusianos y los franceses no eran enemigos irreconciliables.

Pero apenas hube manifestado el

verdadero objeto de mi mensaje , poniendo en manos de Federico Guillermo la carta de V. M., me miró con una admiracion difícil de explicar, y la leyó silenciosamente. Observaba yo entre tanto las impresiones que se retrataban en su semblante: á la sorpresa sucedió una señal ligera , aunque perceptible, de indignacion , y á esta siguió luego un eternecimiento muy manifiesto. Parecióme , señor , que S. M. leyó varias veces el final de vuestra carta : cuando hubo concluido su lectura , arrojó un profundo suspiro ; y aun noté algunas lágrimas en sus ojos , levantados tristemente al cielo. Despues verá V. M. lo que significaba esta pantomina.

Señor enviado , me dijo Federico , la carta de S. M. cristianísima me ha conmovido profundamente , y prometo á Vd. que responderé á ella de un modo satisfactorio ; pero necesito án-

tes deliberar el asunto con mi consejo privado. Desde luego voy á dar órden para que sea Vd. tratado con la consideracion que merece por sus prendas , y en calidad de confidente de mi primo. Mañana á esta hora será Vd. llamado para asistir á la sesion de mi consejo. —

Pasaría en silencio las honras que debí al monarca prusiano , si no estuviese persuadido , que tratando á un mero confidente , cual era yo , con mas distincion que á un embajador autorizado , se encaminaba todo el obsequio á V. M. perseguido ; observacion que V. M. se dignará disimularme.

El príncipe Luis de Luneburgo , consejero áulico de Federico Guillermo y su ayudante de campo , vino á avisarme , que el rey me esperaba en el consejo , á donde me encaminé inmediatamente.

Estaban ya reunidos todos los indi-

viduos, entre quienes hallé, no sin sorprenderme, al general Dumouriez, que viéndome entrar, me saludó como á persona conocida.

Sentado el rey, comunicó á la junta los motivos de su reunion; pero ántes de ventilarlos, y de dar su dictámen los consejeros, S. M. insinuó, que el señor general Dumouriez deseaba aclararlos con observaciones muy importantes. Tomó este la palabra, y dijo poco mas ó ménos lo siguiente.

Conocimiento muy superficial tendría de nuestra historia, quien no contase entre las causas secretas de las revoluciones que ha padecido la Francia desde Luis XIV hasta nuestros días, la rivalidad de las dos familias de Borbon y Orleans. En la muerte de aquel monarca, cuando Felipe tomó posesion de la regencia, recibió el gobierno una nueva forma, y en todo el tiempo que duró la administracion de

este príncipe, se siguió un sistema diametralmente opuesto al de su predecesor. La regla general que guiaba á este, era la reunion de los diversos poderes del estado: el regente, por el contrario, los dividió y contrapesó unos con otros, atrayéndolos á sí, con la mira de fijar un despotismo céntrico en una circunferencia casi popular.

Si á la ambicion hubiese reunido este príncipe mas firmeza de ánimo, hubiera sin duda abatido á la otra familia rival, afianzando á la suya en el trono frances; pero afeminado con los deleites, reservó para sus descendientes la ejecucion de los designios que él apenas había proyectado.

Luis Felipe, padre del duque actual, no concibió siquiera el pensamiento de poner en ejecucion aquel proyecto. El estudio ocupó toda su atencion y su entendimiento; siendo consiguiente que quien se da mucho á

las especulaciones científicas, se cuida poco de los negocios políticos.

El carácter flexible de Luis Felipe José, su hijo, el valor, ó mas bien la temeridad que ha manifestado en ciertas ocasiones, le hacían parecer mas idóneo á los designios ambiciosos que ninguno de su familia. Yo mismo lo creí así largo tiempo, y, á decir verdad, no me desagradaba.

Al gran talento y á las tramas de Richelieu debieron los monarcas la reconquista de su poder, que ostentó con el mayor aparato y vigor Luis XIV, en el reinado mas largo y maravilloso de la monarquía. Pero el cetro se envileció en manos de Luis XV, que solo sabía dirigir cazerías y festines.

El sucesor de este subió al trono con buenas intenciones y costumbres arregladas; pero al caerle la corteza grosera que ocultaba su debilidad, conoció el público que este monar-

ca lo sería en el nombre solamente.

Entre tanto el erario estaba exhausto, la administracion nacional dislocada, y el imperio vacilante iba á despeñarse en un profundo abismo.

Sobrevino la revolucion; y no conociendo yo personalmente al duque de Orleans, creí que arrebatado de un noble amor á la patria y á la gloria, intentaba granjearse la una salvando á la otra.

Sin embargo, cuando observé que malograba las circunstancias mas favorables á una atrevida empresa, se desvanecieron mis esperanzas, y al mismo tiempo se disminuyó la estimacion con que miraba al duque.

Desempeñando despues el ministerio, vi de cerca, seguí y observé atentamente á este personage, que lejos de ser cabeza de su partido, me parece solo su juguete.

Estragado, mas bien que irreligioso;

vulgar y comun, cuando debiera ser únicamente popular; temerario sin valor; fácil hasta tocar en el extremo de débil; avaro sin provecho; pródigo sin necesidad; activo para los deleites; perezoso para los negocios; siempre vacilando, contemporizando siempre; sin talento para hablar, ni resolución para ejecutar; intrigante mediano, conspirador malísimo; tal es este hombre, que en el cuerpo vigoroso de un atleta encierra el ánimo afeminado de un sibarita.

Me consta por conducto seguro, que jamas se hubiera puesto al frente de una faccion, guiándose únicamente por sus propias inclinaciones. El entretenimiento de conducir un birlocho con ligereza, la gloria de nadar diestramente, el honor de ginetear con gallardía, hubieran sido los únicos objetos de su ambicion; pero por desgracia de la Francia, el acaso le

dió á conocer una muger á propósito para estimular aquella pasion.

Madama de Genlis, aias de poseer el arte de agradar y seducir, tiene un espíritu activo y fogoso, que, cómo todos los de su especie, está en continuo movimiento y atrae á cuantos le rodean. Dícese, aunque no puedo asegurarlo, que no habiendo logrado el honor de presentarse á la reina, juró vengarse de ella. Si esto es así, y madama de Genlis ha tenido parte en el martirio de esta soberana, debemos confesar que cumplió su palabra con sobrada crueldad.

Como quiera que sea, desde el punto en que tácita ó espresamente consintió el duque de Orleans en que levantase el estandarte su partido, vióse la Francia inundada de calamidades. Reuniéronse los hombres interesados y ambiciosos, cuya inquietud revolucionaria había inflamado los ánimos; sien-

do de notar que entre tantos parciales alistados bajo las mismas banderas, apenas habría uno que estuviera por el caudillo. Debe esto atribuirse á lo que dije ántes, que el duque solo era una fantasma; y los partidarios de la anarquía, léjos de desear la mudanza de una dinastía que restableciera el orden, no querían sinó una confusion perpetua, á cuya sombra pudiesen soltar la rienda á sus pasiones.

Hízome temblar este trastorno calamitoso, que se iba empeorando de dia en dia, segun las observaciones que hacía en general y en particular sobre el concepto público. Se acabó la ingenuidad en las opiniones, y cesaron los sanos partidos: la soberanía despótica estaba odiada, la constitucional envilecida: una mudanza de dinastía se tenía por impracticable, y si se hablaba de *república*, era porqué esta palabra, nueva para el pueblo,

podía mejor que otra alguna confundirse, por su abuso, con la democracia y con los escesos de la anarquía.

De este modo la faccion de los alborotadores se aumentaba de dia en dia, bajo el patrocinio del duque de Orleans, aunque no con su proteccion; y entónces fué cuando se adoptó ansiosamente cuanto se encaminaba á trastornar el orden de la sociedad civil. Por una suerte fatal á los verdaderos republicanos, abrazaban y aplaudían los facciosos las saludables reformas que aquellos proponían, aunque á la verdad fuera de sazón; de manera que el odio de los realistas alcanzaba igualmente á unos que á otros: conducta malísima, pero fundada, cuyas consecuencias perpetuarán el desorden.

Viéronse entónces numerosas cuadrillas de artesanos alucinados, que á pretesto de faltarles trabajo, escitaban alborotos y sediciones. Las tribunas y

las asambleas deliberantes se llenaron de sugetos asalariados, desconocidos los unos á los otros, que se mudaban todos los días, y adoptaban ardientemente cualquiera proposicion encaminada á mantener el desórden; al paso que con sus gritos sediciosos desecharon cuanto podía restablecer la paz. Asalariábanse tambien rameras, no para galardonar sus favores, sinó á fin de propagar, en cuanto pudiesen, el menosprecio de las buenas costumbres y la sed insaciable del deleite. Pusieron en pública subasta cabezas humanas, y recibían salario los monstruos, que á semejanza de los caribes, ostentaban una cabellera ensangrentada. La policia antisocial y pérfida fomentaba cuidadosamente el robo, y recompensaba á los tahures: en cualquiera parte se encontraba uno de esos garitos infames, á donde van los jóvenes incautos á disipar los cauda-

les de sus padres. En los paseos públicos, en las calles y mercados, no se oían mas que proposiciones feroces ó canciones obscenas: había oradores de plaza, cuyo oficio era propagar con su language grosero la inmoralidad, la irreligion y la anarquía. Las esquinas y los monumentos públicos estaban llenos de pasquines escandalosos, con el fin de promover los delitos. En suma, todas las pasiones desenfrenadas, á manera de monstruos espantosos, amenazaban con un total exterminio á la presente generacion ya corrompida; y por sobrescrito de tanta demencia y atrocidad, se cometían en nombre de la libertad todos los delitos: invocaba á los mas ilustres defensores de ella el que vivía mas licenciosamente, y el nombre del pacífico Rousseau sonaba en los sangrientos labios del *verdugo* Jourdan.

Conociendo yo el carácter del duque



de Orleans, hubiera sido poco juicioso en imputarle estos atentados; pero por su desgracia, donde quiera que se refiriesen, siempre andaba mezclado con ellos su nombre: ; feo baldon, que aun el trascurso de muchos siglos no bastará á desvanecer!

Hacía mucho tiempo que había yo de puesto la idea de establecer una nueva dinastía, cuyo tronco fuese el duque de Orleans. Con todo era indudable que cuanto mas crecía el torrente revolucionario, tanto ménos capaz se hacía Luis XVI de contenerlo: cierto era tambien que aquel torrente amenazaba ya de modo, que si no se le oponía un fuerte dique, llegaría á inundar toda la Francia y aun la Europa. Pero ¿dónde podría hallarse este dique? solo en la mudanza de dinastía, segun mi dictámen.

Del ministerio pasé al mando del ejército, y entónces creí que podría

poner en ejecucion mi proyecto, atendido el influjo directo y absoluto que tiene un general sobre sus tropas. Si hablase á otro que á V. M., acaso necesitaría justificarme, añadió Dumouriez; pero V. M. sabe muy bien, que mi conducta solo ha tenido por objeto la tranquilidad de Europa y el bien de mi patria.

No pareciéndome el duque á propósito para restaurar la monarquía, puse las miras en su hijo. Este jóven, dotado de un gran valor, de un corazon generoso, de una filosofía sólida, y en fin de un carácter noble, debía, segun mi opinion, reinar en unos tiempos borrascosos, y gobernar á unos hombres inflamados con el fuego de la revolucion. Quanto mas meditaba este designio, tanto mas saludable me parecia, y desde luego me dediqué enteramente á ponerlo por obra.

Con todo no bastaba que el nuevo

monarca fuese reconocido y proclamado por el ejército, mientras no estuviera de mi parte otro poder mas fuerte que el de las bayonetas, á saber, la opinion pública, y era forzoso granjeármela.

Las circunstancias me parecieron sumamente favorables al intento. Por una parte los escesos de la anarquía, y por otra el impulso de los republicanos, podían servir á manera de máquinas, ya para derribar la autoridad vacilante, ya para levantar la nueva. Solo restaba acomodar á mi empresa las tentativas ó los progresos de todos los partidos, evitando que se aprovechasen ellos de sus ventajas.

Mientras que por medio de enviados leales, diestros gazeteros y oradores vehementes, se preparaba y dirigía la opinion pública en favor de la mudanza proyectada, un negociador inteligente inclinaba á V. M. y al Estatúder,

á que apoyasen el proyecto con sus armas. Solo la Inglaterra, á consecuencia de la enemistad nacional que profesa á la Francia, prometió su auxilio al duque de Orleans, constituido desde entónces protector del latrocinio y de la anarquía.

A fin de reunir con mi industria otros medios á los que ya me habían proporcionado las circunstancias ó la casualidad, me pareció oportuno abocarme con aquel personaje, y al mismo tiempo ver y sondear los hombres mas notables de todos los partidos.

Esto pasaba pocos dias ántes del 10 de agosto. Los síntomas de la insurreccion se advertían ya en todos los semblantes y discursos. En vísperas de una lucha, de que pendía el destino del imperio y el del monarca, la corte apenas pensaba en hacer preparativos de defensa: por la otra parte iba á comenzar el ataque, y los que habían de

dirigirlo, no sabían aun qué especie de Gobierno sustituirían al que intentaban aniquilar, en caso de quedar victoriosos. Manifestándoles yo mi pensamiento, é indicándoles al duque de Chártres como restaurador, me pareció que los lisonjeaba, y con una adhesion formal se me mostraron agradecidos. De estos sin embargo exceptúo un corto número de republicanos, bastante animosos para conspirar contra un monarca, pero altivos en demasía para sustituirle otro.

Pocos días ántes del que iba á ser último en el reinado de los Borbones, pasé á verme con el duque de Orleans. Miéntras que todo el pueblo le suponía ya dispuesto á recibir la corona vacilante de Luis XVI, sentado él á una mesa espléndida, cercado de halagüeñas cortesanas, y de cinco ó seis petardistas lisonjeros, se distraía anticipadamente de las fatigas de su gobier-

no futuro : en tal estado no pude menos de compararle con Sancho Panza, gobernador de la ínsula Barataria.

A la disolucion de un grande imperio preceden siempre ciertos instantes terribles y espantosos, porqué teniendo sus miras particulares cada cual de los conspiradores, da á sus acciones y movimientos una direccion personal. Esto es lo que yo observaba en la época de que voy hablando. Entre los conjurados había algunos asalariados por la Inglaterra, que protegían en la apariencia al duque de Orleans, aunque su verdadero objeto era colocar al duque de York en el trono frances : otros solo querían la guerra, como verdaderos facciosos, para enriquecerse con los despojos de ella : el tercer partido, que por desgracia era el mas numeroso y exaltado, no tenía mas objeto que el esterminio de toda autoridad, sin querer sustituirle otra : en suma, esta bár-

bara canalla pretendía romper todos los vínculos sociales. Los medios de conseguir este fin , debían ser el latrocinio y los asesinatos , y su recompensa una brutal satisfaccion de las pasiones. Los partidarios de la independencia pública, si por honradez no querían hacerse cómplices de tantos delitos , procuraban á lo ménos hacerlos provechosos á su sistema , ya por política , ya por falta de pundonor. En cuanto al partido realista , flojo , pusilánime y dividido , carecía de recursos , así en su existencia propia , como en el carácter del soberano que defendía. El corto número de realistas puros y desinteresados que sirvieron á la monarquía ó al rey , por el bien de este , puede compararse , aunque en sentido inverso , con los amigos sinceros de la libertad , que por ella sirven hoy á la república.

Tal era el estado de las cosas , cuan-

do se oyó la esplosion. A pesar de las promesas de mis amigos , y del buen concepto de algunos , conocí que era conveniente diferir para otro tiempo mas sereno la instalacion del duque de Chártres. Parecióme que el triunfo de la anarquía sería tan horroroso como corto , y que duraría ménos cuanto menores obstáculos se le opusiesen. Si en vez de guarnecer la frontera , hubiera marchado el ejército victorioso de V. M. á las orillas del Sena en los primeros días de agosto , la mudanza se habría verificado y restablecido la tranquilidad , sin demora ni encarnizamiento.

En esto el duque de Orleans , con quien mantenía yo una relacion precisa como ayo de sus hijos , y cuyo partido contaba mucho conmigo , segun verá despues V. M. ; el duque de Orleans , repito , me aplazó para el día 28 de agosto en su palacio.

El 27 en la noche paró á mi puerta un coche, y de él salió una señora, que sin nombrarse pretendía hablarme á solas. Hícela entrar, y quedé sumamente sorprendido viéndola á la duquesa de Orleans.

En un cuerpo debilitado con habituales achaques, encierra esta señora un corazón sensible y virtuoso. Agena de las intrigas cortesanas y de las tramas de una revolución, pasaba sus pacíficos días (ahora tan inquietos) en la soledad de un retiro, que amenizaba con su beneficencia. Si aun mantiene algunas relaciones en la corte, procede ya de consideración al duque su marido, cuyos extravíos ha llorado siempre, escusándole; y ya principalmente del tierno amor que profesa á sus hijos, á quienes cuida y amonesta desde su albergue solitario, no perdiéndolos nunca de vista.

Entró en mi habitación trémula y

descolorida, y sin poder apenas articular una palabra; lo cual me hizo rezelar que había descubierto ó sospechado mi proyecto, que nunca le confíe, (si bien era favorable á su hijo) conociendo la moderación de sus deseos, y su aversión á todo engrandecimiento. Pero no tardé en saber que el desasosiego procedía de otra causa.

Una de sus camareras, cuyo marido servía también al duque, saludándola aquella mañana, había dicho que pronto la trataría de *Magestad* en lugar de *Alteza*. Esta proposición inquietó sobre manera á la duquesa, que por la primera vez de su vida trató de sondear los arcanos políticos, y de averiguar la conducta y los proyectos de su esposo. Hé aquí el resultado de su indagación.

Una insurrección concertada en los arrabales de san Antonio y de san Marcelino, cuyo cuartel general se fijaría

en el palacio de Orleans, debía apoderarse á un tiempo de los cuarteles, prevenciones y demas puestos militares; del depósito de marina, en donde celebraba sus juntas el consejo ejecutivo; de la tesorería, y del salon destinado á las sesiones de la asamblea legislativa. Miéntras se arrestaba con diferentes pretextos á los diputados ménos favorables á este partido, otros ya vendidos á él ó resueltos á sostenerlo, propondrían la necesidad urgente de reparar los males de la patria, y restablecer el órden, sustituyendo un Gobierno sólido y permanente al débil y vacilante, que existía ya diez y ocho dias. Luego una diputacion crecidísima de todas las clases del estado pediría por rey, en nombre del pueblo, al duque de Orleans, cuyo busto coronado estaría puesto sobre la mesa de la asamblea. Varios individuos de ella, afectando que controvertían y

aun contradecían la propuesta, cuidarían de disfrazar lo perjudicial de ella, presentándola únicamente bajo su aspecto favorable. Durante los debates, que se alargarían de propósito, irían preparando y disponiendo los ánimos numerosos pasquines, oradores enérgicos, y folletos repartidos en el público con profusion. Acabaría de ejecutarse esta revolucion, á beneficio de cien carros de trigo que se habían de repartir á los pobres, algunos centenares de cántaros de vino que se tendrían acopiados en diferentes barrios, y un millón de pesetas que se debía distribuir con economía y acierto entre la muchedumbre, añadiendo á esto reiteradas promesas de tranquilidad doméstica, de paz exterior y de felicidad general.

El duque de Orleans arrebatado, por decirlo así, de su palacio por un pueblo que le idolatra, sería llevado

en triunfo al salon legislativo, y allí ocuparía el nuevo monarca el sillón del presidente, convertido en trono. Su esposa, objeto del mismo entusiasmo, participaría de iguales honores. Los reales consortes debían recibir, con beneplácito del pueblo y consentimiento del cuerpo legislativo, el juramento á los magistrados y demas empleados públicos, y lo que no era de menor importancia, el reconocimiento y homenaje de algunos embajadores estrangeros. Un ministro nuevo y elegido de antemano haría publicar en Paris la acta de este memorable acontecimiento, que sería llevado á todas partes del reino por numerosos correos, ratificándose su justicia y necesidad con otra distribucion de moneda, acuñada con el retrato de *Felipe*.

La duquesa me refirió toda esta conjuracion con gran dolor y derramamiento de lágrimas, y yo al ver su es-

panto, cuando se le representaba la idea de suceder á la reina y de serlo ella misma, comprendí que la ambicion jamas estimularía sus deseos. Dumouriez, me dijo, conozco, que no dejará de tener un grande influjo con mi esposo un general tan distinguido como Vd., que ademas es áyo de sus hijos. Así que, ruego á Vd. con el mayor encarecimiento, emplee este ascendiente para disuadirle de tan fatal proyecto, del que ha de resultar forzosamente nuestra desgracia, y no la felicidad pública. Triste de mí! puesto que ha sido mi compañero en el amor, ¿por qué no lo ha de ser tambien en mis proyectos? Una campiña fértil y risueña bastaría á dos esposos contentos y tranquilos; y si apeteecía una corona, el amor se ocuparía en hacerse-la de las flores mas bellas. —

Dejóme enternecido esta señora respetable; y á decir verdad, cuando le

ofrecí disuadir á un esposo, cuyo proyecto era diametralmente opuesto al mio, lo hice mas por ella que por mis particulares miras.

Luego que me quedé solo, anoté cuanto acababa de oír, y al paso se me ofrecieron mil reflexiones y temores. Conocí que en la suposicion de llevarse á efecto prontamente aquella grande empresa, quedaba frustrada la mia, en cuya ejecucion, segun mi dictámen, estribaba la salvacion del estado. Movidó de esta consideracion, fuí inmediatamente á hablar al duque, aunque éra ya muy tarde.

Le encontré muy ufano con la esperanza halagüena de su triunfo, que le ocultaba los inconvenientes de la empresa. Despues de haberme abrazado con sumo regocijo, se puso á darme parte de la conjuracion, reducida sustancialmente á lo que me había dicho la duquesa, si bien variada en algunas

circunstancias y en el modo de referirla. Cuando el príncipe estaba mas engolfado en su narracion, entró un criado y le habló en secreto. Que entren, dijo el duque en voz alta: el general no estorba; lo que ha de saber mañana, que lo sepa hoy.

Dicho esto, se encaminó á la puerta de la sala á recibir ocho personas que entraban, de las cuales conocí cinco, á saber, Robespierre, Danton, Marat, Billaud-Varennes y un italiano llamado Rotondo: los demas me eran desconocidos.

Señores, les dijo el duque, presento á Vms. al general Dumouriez, con cuya amistad y fidelidad pueden contar. — Billaud-Varennes y Danton me dieron la mano en señal de confianza, Robespierre me saludó friamente, y Marat se sentó en un sofá haciendo gestos. Antes de sentarse los demas é imponer silencio, vinieron con bebidas los cria-